Sueño 9/78.
19533
331-29

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LOS

CARBONEROS,

ZARZUELA EN UN ACTO,

LETRA DE

DON MARIANO PINA,

MÚSICA DE

DON FRANCISCO ASENJO BARBIERI.

1126

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

L47 - 7035

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de* 1.° *de Abril de* 1877.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
		Amor á la patria—d. o. v.	1	D.ª Rosario de Acuña	Todo.
4	2	Caiga el que caiga—j. o. p.	1	D. Eduardo Sz. Castilla.	»
3	3	Casamientos y vice-versa	1	Daniel Balaciart	»
4	2	Dios aprieta	1	J. Velazquez y Schez.	»
		Dimats 13	1	José Ovara	»
3	3	Dos prófugos—p. o. v.	1	Pascual de Alba	»
»	»	El conde Patrizio	1	G. Sanchez Castilla	»
10	1	El laurel de Virgilio—d. o. p.	1	Ricardo de Medina	»
1	10	El premio á la virtud-c. o. v.	1	José Olier	»
		En el Cármen y por Cármen—j. o. v.	1	Elías Aguirre	»
3	1	Fuerza mayor	1	José Estremera	»
3	2	Hay entresuelo	1	José Estremera	»
4	3	Joaquinito—j. o. p.	1	M. Rodrigz. Saavedra	»
		La mamá de mi mujer	1	Eduardo Maza	»
6	3	La perla de mi mujer	1	C. Gil y Luengo	»
		Los tres novios de la niña	1	M. Ramos Carrion	»
4	2	La torre de Talavera	1	Eugenio Sellés	»
3	1	Otro José—c. o. p.	1	José de Fuentes	»
2	2	Por un anuncio	1	J. G. de Iribarrén	»
2	1	Receta contra la bilis—c. o. v.	1	José Trinchant	»
3	2	Tenorio y Mejía—j. o. v.	1	Leandro Torromé	»
2	3	Una y no más—c. a. p.	1	Ricardo Medina	»
		Un aprenent de lletí	1	José Ovara	»
4	2	Un nido de víboras—c. a. p.	1	José de Fuentes	»
5	2	El 15 de Febrero—j. o. p.	2	Salvador Lastra	»
4	2	Un cuento de niños—c. o. v.	2	Antonio G. Gutierrez.	»
6	2	Un cargo de confianza	2	R. Lopez del Rio	»
5	2	¡Don Martin!	3	R. Lopez del Rio	»
		El chiquitin de la casa—j. a. p.	3	M. Pina Dominguez	»
		El más sagrado deber—d. o. v.	3	D. Leopoldo Cano	»
3	3	Enseñar al que no sabe-c. o. v.	3	Leandro A. Herrero.	»
5	2 a.	Ethelgiva	3	D.ª Elisa de Luxán	»
		Fueros y Germanías, ó el encubierto de Valencia	3	D. F. Palanca y Roca	»
		La cruz de plata	3	F. Palanca y Roca	»
10	2 a.	La dama del Rey	3	Valentin Gomez	»
7	2	La evidencia	3	F. Perez Echevarría	»
3	3	La rosa amarilla—c. a. v.	3	Eusebio Blasco	»
3	2	Los niños y los locos	3	Eusebio Blasco	»
		Pablo ó la Providencia	3	F. Cid Rodriguez	»
6	3	Una criolla—c. o. v.	3	A. García Gutierrez.	»

L47-7035

LOS CARBONEROS.

José Rodriguez

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

COMEDIAS.

EN TRES ACTOS.

Ataque y defensa.
Á quien Dios no le da hijos...
Capas y sombreros.
Amor y miedo.
Casada, viuda y doncella.
El oficialito.
Embajador y hechicero.
El rey de los primos.
Juegos prohibidos.
A caza de divorcios.
El pacto con Satanás, en 4 actos.
Redimir al cautivo.
Con el credo en la boca, en 2 actos.
El libre albedrío.

EN UN ACTO.

No más secreto.
Manolito Gazaquez.
Juan el perdío.
Estrupicios del amor.
Aquí paz y despues gloria.
Un contrabando.
Cosas de locos.
E. H.
Carambola y palos.
Las cuatro esquinas.
Suma y sigue.
Las plagas de Egipto.
Escuela normal.
Lluvia de oro.
La novia del general.
Ya pareció aquello.

ZARZUELAS.

EN TRES ACTOS.

Giralda.
La roca negra.
Si yo fuera Rey!
Un trono y un desengaño.
Aventuras de un jóven honesto.
Los Dioses del Olimpo.
Las Georgianas.
La vida Madrileña, en 4 actos.
La sota de espadas.
Los comediantes de antaño.

EN DOS ACTOS.

Colegialas y soldados.
Enlace y desenlace.
El sordo.
Bruschino.
Francifredo, Dux de Venecia.
La gata de Mari-Ramos.

EN UN ACTO.

Al amanecer.
¡Diez mil duros!
El jóven Virginio.
El niño.
Compromisos del no ver.
Los peregrinos.
Influencias políticas.
Matar ó morir.
Bazar de novias.
Los rayos del sol.
El hombre es débil.
Mesa revuelta.
La confitera.
Los carboneros.

55-6

LOS CARBONEROS,

ZARZUELA EN UN ACTO,

LETRA DE

DON MARIANO PINA,

MUSICA DE

DON FRANCISCO ASENJO BARBIERI.

Representada por primera vez en Madrid, en el Teatro de la COMEDIA el 21 de Diciembre de 877.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
SIMONA.....	STA. BALLESTEROS.
TORCUATA.....	SRA. VALVERDE.
ONOFRE.....	SR. ZAMACOIS.
ELIAS.....	JOVER.
SATURIO.....	VIÑAS.

En Madrid, época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Ref.ª p.ª 331. Lib. 29

ACTO ÚNICO.

Recibimiento de un juzgado municipal. Puerta al fondo y á la derecha. Á la izquierda, en primer término, chimenea encendida, y en segundo balcon. Al lado de la chimenea algunos troncos de leña y banquetas. Á la derecha, mesa escritorio con tintero y papeles, un sombrero de copa y un paraguas. Al lado de la mesa, un sillon y un cesto para papeles inútiles. Sillas, etc. En la pared del fondo edictos del Juzgado. Entiéndase por izquierda y derecha la del actor.

ESCENA PRIMERA.

ELÍAS.

Aparece sentado en el sillon, y saca del cajon de la mesa una botella con vino, un vaso, pan, cuchillo y plato con viandas, y come, sin hablar, hasta pasados algunos momentos.

Habrá quien crea, que los dependientes de un Juzgado municipal almuerzan cuando tienen gana. Pues no señor; almuerzan cuando tienen tiempo. Hoy, por ejemplo, le ha dado al secretario por adelantar el trabajo para marcharse más temprano, y almuerzo á las tres de

la tarde. Este es el mundo; mientras el secretario se pasea, el escribiente está aquí sujeto, y tiene que erminar los estados de nacimientos y defunciones de la pasada semana, despues de haber llevado una mañana de prueba. Tres juicios de conciliacion, cinco de faltas, cuatro verbales... y mucho dure, como dijo el otro, y lluevan sobre la humanidad bofetones y trampas, para que la pluma corra en estas oficinas, y las costas den para el mendrugo.

ONOFRE. (Dentro, gritando.) Eso quiero yo, que lo decida la justicia.

SIMONA. (Id.) Usté me ha faltado.

ONOFRE. (Id.) Porque no sufro ancas de naide.

SIMONA. (Id.)¡Gallego!

ONOFRE. (Id.) ¡Escandalosa!

ELIAS. (Guardando en el cajon el plato y demas que sacó de él.) ¿Qué trifulca es esa?... ¡Á que no me dejan almorzar hoy!... (Se levanta.)

ESCENA II.

DICHO, SIMONA y ONOFRE. Ambos ennegrecidos por el polvo del carbon.

MUSICA.

ONOFRE. Señor juez, han ofendido
mi decoro y dignidad.

SIMONA. Señor juez, me han ultrajado
con la más atroz ruindad.

ONOFRE. ¡Motejarme en mi cara
de gandul y bribon,
cuando tengo más genio
que en la mar Barceló!
¡Vaya un redios!
Aunque el mundo se empeñara,
no hay arreglo entre los dos.

SIMONA. No lo habrá, no señor.

ELIAS. Basta, por Dios,
y sepamos sin ambajes,
lo ocurrido entre los dos.

SIMONA. Yo lo diré.

ONOFRE. Yo lo diré;
mas, conviene que le explique,
con el nene que habla usté.
Aunque me cubre burdo traje
y me motejan de gandul,
soy en mi pueblo un personaje,
y arde en mis venas sangre azul.
Fuí mejorado en quinto y tercio
por mi mamá, que en gloria esté,
pero me dió por el comercio,
y al del carbon me dediqué.
Vendo con gran fama
leña de nogal,
cisco de retama,
pino y carrascal.
Y si me jaleo,
soy para el amor
un chisporroteo
de carbon de cok.
Vine á Madrid con almadreñas,
media anguarina y calañés,
y comencé llevando leñas
desde el Hospicio á Lavapiés.
Pero á granel gané el dinero
por laborioso y truchiman,
y ahora me luzco cuando quiero
con mi chistera y mi gaban.
Vendo con gran fama, etc.

SIMONA. Todo eso es música de organillo. Á lo que venimos aquí es á que dicte usté la sentencia, señor juez.

ONOFRE. Sí señor, que la dicte.

ELIAS. En primer lugar, debo decir á ustedes que yo no soy el juez.

ONOFRE. Lo mesmo da.

ELIAS. Y en segundo, que no he comprendido todavía de lo que se trata.

SIMONA. Pues es muy sencillo.

ONOFRE. Bien claro lo he dicho.

SIMONA.

Ese carbonero galopin, que no me puede tragar, por lo que yo sé, ha tenido el atrevimiento de levantarme la mano, y pido que vaya á la cárcel.

ONOFRE.

Esa carbonera desvergonzada, que me tiene entre ojos, por lo que no ignoro, ha tenido la desfachatez de insultarme en público, y pido que vaya á la galera.

ELIAS. ¡Eh!... basta. Que hable uno sólo, ó salen los dos á empellones por esa puerta.

SIMONA. Bien, yo hablaré.

ONOFRE. Hablaré yo, que soy el ofendido.

ELIAS. En la duda de á quien le corresponde, debe tener la preferencia el bello sexo.

ONOFRE. Entónces me toca á mí.

ELIAS. (¡Habrá cernícalo!) Lo que á usted le toca es callar por ahora...

SIMONA. ¡Ajá!

ELIAS. Y retirarse á este lado, (Retirándolo.) hasta que yo le conceda la palabra. (Lo sienta en una silla.)

ONOFRE. Pero no ha dicho usté?...

ELIAS. He dicho que hable ella la primera.

SIMONA. (Ap. á Onofre.) (Trague usté quina.)

ONOFRE. (Id. á Simona.) ¡Mamarracho!

ELIAS. Empiece usted, pero sin faltar en un ápice á la verdad,

SIMONA. Corriente. Yo soy carbonera.

ELIAS. Pruébelo usted. (Mirándola.) Bien, adelante; lo considero probable.

SIMONA. Hace quince dias, que puse establecimiento en el número nueve de la calle del Bonetillo, frente por frente del despacho del Burrancho, que es ese hombre.

ONOFRE. (Levantándose.) Oiga usté, yo tengo mi nombre propio:

me llamo Onofre Fogones.

SIMONA. Eso lo dirá la fé de bautismo, pero no la gente.

ONOFRE. Lo dice el que tiene vergüenza.

ELIAS. ¡Empezamos otra vez!... Señor de Burrancho... ó de Fogones, ¿tiene usted la bondad de no interrumpirnos? (Lo retira.)

ONOFRE. Pues que no se valga de motes.

ELIAS. Prosiga usted.

SIMONA. Dende que abrí la tienda, se agolparon á mí todos los criados del vecindario, porque como soy más amable...

ONOFRE. ¡Ejem!... ahí le duele.

SIMONA. Pero con honra, ¿está usté? y porque mi carbon es mejor que el de enfrente.

ONOFRE. (Levantándose.) Poco á poco; de mí diga usté lo que quiera, pero no me toque al género.

SIMONA. En una arroba de quince libras, da seis de tierra, cuatro de piedras y lo demas de chopo.

ONOFRE. Que se escriban esas palabras.

ELIAS. ¡Por los santos apóstoles! cállese usted.

SIMONA. Y hoy, cegado por la envidia, ha llegado hasta mi mostrador, y despues de insultarme, me ha pegado una bofetada.

ONOFRE. Falso.

SIMONA. ¡Se atreve á negarlo!

ONOFRE. No fué bofetada; fué un cachete.

ELIAS. (Á Simona.) ¿En qué quedamos? ¿Fué bofetada ó cachete?

SIMONA. (Despues de dudar un momento.) No tuve tiempo para distinguirlo; pero aquí debo tener el cardenal. (Señalando una mejilla.)

ELIAS. (Mirándola.) Sí es cardenal, le coje á usted toda la cara.

ONOFRE. ¿Puedo hablar ya?

ELIAS. Pero con brevedad, para que esto no dure hasta la noche.

ONOFRE. Yo tengo mi establecimiento desde hace diez años, en donde se ha dicho, y toda la vecindad me conoce por mis buenos tratos, y en cierta época fuí alcalde del

barrio.

ELIAS. (Bueno andaría él.)

ONOFRE. Y el mes pasado estuve á punto de encargarme del ministerio de Fomento.

ELIAS. ¡Hombre!

ONOFRE. Quiero decir... de abastecerlo de mis artículos.

ELIAS. ¡Ah!... ya.

ONOFRE. Cuando esa...

SIMONA. Cuidadito con la lengua.

ONOFRE. Cuando esa... señora, vino con sus manos lavadas, á soliviantarme la parroquia.

ELIAS. (Mirando las manos de Simona.) De eso hará ya mucho tiempo.

ONOFRE. No señor, quince dias, y dende entónces se acabó la tranquilidá en la calle.

SIMONA. Porque empezaron los dicharachos de los envidiosos.

ONOFRE. Porque por llamar la atencion y llevarse á mis parroquianos, alborota la calle dia y noche cantando manchegas.

SIMONA. Como que soy de Almagro.

ELIAS. ¿Contienen las coplas alguna palabra subversiva?

ONOFRE. No digo eso... y la verdad, aunque yo soy un extremeño mú pacífico, se me alegran las pajarillas con los cantos de gracia; pero cuando se entonan con mala intincion...

SIMONA. Eso es mentira.

ELIAS. Me ocurre una idea. Cante usted á mi presencia alguna de esas coplas, para que yo pese la gravedad del delito.

SIMONA. Con tal de que sirvan para probar mi razon, cantaré cincuenta.

MUSICA.

Yo soy la carbonera
de más trapío,

en esto de dar leña
y armar un cisco.
Si hay quien se atreva,
verá como le atizo
carbon de piedra.
¡Ole, sandunga! (Bailando.)
que por tu aquel,
como una ardilla
salta mi pie.

ONOFRE. ¡Ole, sandunga! (id.)
ya la oye usté,
y como ardilla
salta mi pie.

ELIAS. ¡Ole, sandunga! (id.)
canta muy bien,
y como ardilla
salta mi pie.

SIMONA. Los ojos de mi cara
son dos tizones,
que siempre están ardiendo,
sin que los soplen.
Y á quien los mira,
le prenden y le dejan
echando chispas.
¡Ole, sandunga! etc.

ELIAS. Despues de oirla, creo que tiene usted razon: esta mujer engancha á los parroquianos por los oidos.

ONOFRE. Me alegro de que usté lo conozca.

ELIAS. Pero eso no es bastante para haberla propinado un bofeton.

SIMONA. Por eso pido que le prendan, y que vaya por seis años á cadena perpétua.

ELIAS. (Sentándose en el sillon.) Vamos á ver: yo no soy el que ha de sentenciar el juicio; pero si ustedes me aseguran haber dicho la verdad...

ONOFRE. (Dando con la mano derecha abierta sobre los papeles de la mesa.) Lo juro.

SIMONA. (Id.) Y yo tambien.

ELIAS. ¡Demonio! (Mostrando un pliego en el que han quedado estampadas por el polvo del carbon las manos; una más pequeña que la otra.) (¡Y hablaban de manos lavadas!... Bonito han puesto el estado de nacimientos y defunciones!)

SIMONA. En fin, ¿qué resuelve usté?

ELIAS. Quien ha de resolver es el juez, que debe estar aquí dentro de media hora.

ONOFRE. Corriente.

ELIAS. Yo extenderé la nota, y cuando ustedes vuelvan, ya estará él enterado.

SIMONA. No faltaré.

ELIAS. Y advierto á ustedes que es un gran fisonomista, y que apenas los mire, conocerá el que se queja con más razon.

SIMONA. Entónces estoy segura de sacar mi cara adelante.

ONOFRE. Eso lo veremos.

SIMONA. (Volveré la primera para congraciarme con él.) De aquí á luego. (Váse.)

ELIAS. Vaya usted con la Vírgen.

ONOFRE. Pues nada... usté ha de perdonar la incomodidad, y ántes de veinte minutos me tiene aquí otra vez. Conque... á los piés de usté. (Váse.)

ESCENA III.

ELIAS.

Redactaré la minuta con claridad, para que el juez se haga cargo del negocio á primera vista y no lo mareen como á mí. ¡Pero diablo! no me he quedado con apuntacion de sus nombres!... Bah!... Es igual. (Escribiendo.) El carbonero de frente... contra la carbonera de enfrente. El primero ha solfeado á la segunda, porque esta le quita los parroquianos á fuerza de seguidillas. (Decla-

mando.) Es decir, que la cuestion es puramente musical, y estoy viendo que el Juzgado, para ilustrarse, la someterá al dictámen de la Academia de bellas artes. Lo que interesa, ahora que estoy solo, es engullirme el almuerzo. Aunque con tanta interrupcion se me ha quitado la gana. (Saca la botella y el vaso, y al sacar el plato oye á Torcuata y vuelve á dejarlo en el cajon.)

ESCENA IV.

DICHO, TORCUATA con un lio de ropa.

TORC. ¿Hay permiso?

ELIAS. (¡Dale!... ¡está de Dios que ayune hoy!) No se detenga usted.

TORC. Gracias, don Elías.

ELIAS. ¡Hola, doña Torcuata! ¿Usted por aquí otra vez?

TORC. Y bien sabe Dios que lo siento; porque eso de estar todos los dias incomodando á la curia, no es para una persona de clase.

ELIAS. ¿Qué ocurre hoy?

TORC. ¿Qué ha de ocurrir?... lo de siempre, que ese hombre me va á quitar la vida.

ELIAS. ¡Pero cuándo se convencerá usted, de que ya no le convienen esos jaleos!

TORC. Le prometo á usté, que éste será el último. Quiero comerme con tranquilidad los cuatro ochavos que tengo, y el que se arrime á mí, que lo mantenga su madre.

ELIAS. Cabal.

TORC. Cada dia estoy más arrepentida de no haberme casado con el correo de gabinete, ó con cualquiera de los muchos caballeros que me han azuzado para ello; pero cuando una se encapricha...

ELIAS. Al grano.

TORC. Y ademas, eso de perder la pension que cobro del Gobierno... No es mucha, tres reales diarios... y ahora, con el descuento, doce chuchos... pero ya hay para el panecillo. Y lo que decía mi madre, lo último que una

debe perder, es la independencia.

ELIAS. Convenidos, pero...

TORC. Y usté sabe que me he criado en buenos pañales, y que mi padre, santa gloria haiga, era empleado en caballerizas.

ELIAS. Me lo ha dicho usted siete veces.

TORC. Un hombre cabal, que miró por la casa, y el ganado que él cuidaba reventaba de gordo. En fin, usté me ha conocido en mis buenos tiempos.

ELIAS. ¿Pero qué tiene que ver todo eso?...

TORC. Dice usté bien. Con el rejilete que traigo clavado en el alma, se me va el santo al cielo.

ELIAS. Pues llámelo usted á la tierra.

TORC. Al pensar que podía estar una como la rana en el charco... Porque, aunque el dinero anda por las nubes, como estoy acreditada en mi tráfico, el duro que pasa por el Rastro, se deja el sello en mi casa. Y por lo mismo, como el señorito tiene barro á mano, y va por ahí dándose más tono que un deputado á córtes, vaya usté á lograr que trabaje.

ELIAS. Es claro.

TORC. Por supuesto, que la culpa la tiene el Gobierno. Si permitiera el juego, tendrían ocupacion los vagos; y no que andan por ahí á la que salta, y el reló que se descuida, asiste á más entierros que un coche fúnebre.

ELIAS. Pero en resumidas cuentas, ¿qué ha sucedido?

TORC. ¿Pues qué ha de suceder? que la mujer de un senador perpétuo... ya le diré á usté quién es, me dió á vender unos pendientes de esmeraldas por detrás de su marido; porque como todo el mundo sabe la formalidad de mis tratos, y mi reserva para estas cosas, me busca en sus apuros.

ELIAS. Ya se conoce.

TORC. Y muchas prendas que ve usté deslumbrando por esas calles, han pasado por mi mano. Aquí tiene usté, sin ir más lejos, un traje de glasé (Enseñando uno del lío.) que ha dado el quién vive en los conciertos del Retiro. ¡Ay!

si conociera usté al ama, se compadecería de su mala suerte. ¡Pobre señora! Veintitres años, y dos ojos como dos cuervos. Vino de Algeciras para el asunto de una mina, y tuvo la fortuna de tropezar con un ingeniero que la puso en metales.

ELIAS. ¿Pero qué necesidad tengo yo de escuchar esa historia?

TORC. Ya sabe usté que no soy habladora; pero se la cuento, para que se asombre del mal sino de algunas criaturas. Ésta se llama Curra, es decir, Paca; porque en Andalucía ya sabrá usted que las Pacas...

ELIAS. Son todas Curras, lo sé.

TORC. Y tenía con el ingeniero cuanto le hacía falta. Pañolon de Manila, velo de imitacion, enaguas con entredoses y su casa como una colmena. Y no digamos de diversiones, porque si iba usté á los teatros, la veía en delantera de galería, y á última hora en los cafeses de Sevilla ó del Cármen tomando café y copa.

ELIAS. Divinamente!

TORC. Pero conoció á un gorrero de la Plaza Mayor, con un lunar de pelo en la mejilla, salva la parte, que es una tentacion, y como el demonio dispone las cosas, el ingeniero entró en escama... y sin razon, porque Curra no le faltaba en nada... como no se llame faltar, el convidar á cenar al otro todas las noches... lo cual, cuando se presenta, lo hace cualquiera señora con un amigo.

ELIAS. Lo más natural del mundo.

TORC. Lo cierto es, que el ingeniero se llamó andana, y la pobre se está disprendiendo de todo, y para comer ha tenido que agarrarse á las gorras.

ELIAS. Que se agarre á un clavo ardiendo, y por la Vírgen de Atocha, dígame usted lo que quiere.

TORC. ¿Pues qué he de querer? que parezcan los pendientes, ó que ese tuno vaya á un presidio.

ELIAS. ¿Qué pendientes?

TORC. Los de la señora. Porque eso de que yo tenga las cosas en mi casa... y vamos, si las afanára para comprarse una prenda, ó convidar á sus amigos... patas; pero

no señor, ahora le ha dado por echarla de plancheta con las mujeres, y los sarcillos sé yo dónde están; lo cual que se lo he dicho en la escandalera que hemos tenido; y si el juez lo quiere saber, que llame á Juana la Chepa, que se los ha visto puestos á Pepa la del entrecejo.

ELIAS. ¿Es decir, que se trata de la sustraccion de?...

TORC. Y no fuí ya á arrancárselos de las orejas, porque conozco mi genio, y le voy á arrancar tambien el embudo de los garbanzos, y no quiero ir al modelo por esa...

ELIAS. Calma, doña Torcuata.

TORC. Cuando una mujer se sacrifica por un hombre, la que tiene vergüenza no lo solivianta en sus sentimientos; porque si las señoras no nos guardamos decoro entre sí, ¡quién sujeta á los hombres!

ELIAS. Bueno, yo quedo en llamar á ese aquí para orillar el asunto.

TORC. Ya sabe él que he venido á dar parte.

ELIAS. ¿Se llama?...

TORC. ¿No se acuerda usté? Saturio Matute; pero más se le conoce en el destrito por el Garduño. De oficio zurrador de pieles, aunque hace tiempo que no lo ejerce más que en la mia.

ELIAS. ¡Hola! tambien?...

TORC. Tiene la mano más larga que cobrador de contribuciones.

ESCENA V.

DICHOS, SATURIO.

SAT. ¿Se puede?

TORC. Ya lo tenemos aquí.

ELIAS. (¡Pues no me faltaba otra cosa!)

SAT. El Juzgado me ha de perdonar si me impersono aquí sin ser llamado.

ELIAS. Usté es muy dueño...

SAT. Pero cuando un ciudadano pacífico se ve avulnereado

por una mala lengua, debe poner sus derechos endividuales al desamparo de la constitucion divulgada en la monarquía.

TORC. Lo que debe es no ser granuja.

SAT. Estoy hablando yo?

TORC. Como si no hablára nadie.

SAT. Pues cuando los hombres hablan, es porque tienen ineptitud para ello, y un ciego canta en la calle, para que se le desoiga. ¿Digo yo bien, don Elías?

ELIAS. Habla usted como un catedrático; pero ya estoy en autos por doña Torcuata...

SAT. Esa parte habrá declarado en contra, porque tiene atropellados los sentidos; y hablar mal de mí, bien lo sabe ella, es como decir que los pájaros maman.

TORC. ¡Vea usté qué sandios!

SAT. ¿Pero qué ha pasado para conmover este descándalo? ¿Te he faltado yo en algo?

TORC. Usté me sobra; los que me han faltado son los pendientes·

SAT. Esos están más seguros que un desportado en las Chafarinas.

TORC. ¡En las orejas de esa mona!

SAT. Que no, te digo; y la culpa tiene el que se induce con la legalidad que yo, para recibir estos pagos.

TORC. ¡Qué lastimidá!

SAT. Cuando tengo una peseta, pongo por caso, ¿no la dispendo con tu persona?

TORC. En segunda mesa.

SAT. ¿No te compré anteyer unas ligas delásticas? Don Elías, y eso se puede demostrar.

ELIAS. No... lo doy por demostrado.

TORC. (Á Saturio.) ¿Y qué?

SAT. Cuando vamos de verbena, ó á la fuente de la Teja y un hombre, aunque esté mareado, le echa un requiebro á ese cuerpo, ¿no ves el mio ir á tu lado más orgulloso que Herman Cortés cuando tomó la Habana?

TORC. Y si no es eso palique, ¿por qué le regalas á esa maula?

SAT. El que lo diga me falta; y mi conducta está experi-

mentada en Madrid, de no regalarle á denguna mujer ni agua, porque soy muy caballero.

TORC. ¿Pues dónde están los pendientes?

SAT. Te digo que están seguros, y aquí tengo el tacon del seminario en que viven á pupilo. (Sacando una papeleta de empeño.)

TORC. ¿Á ver? ¡Empeñados! ¡Si no la podías hacer limpia! Pero, en fin, con tal de que no los disfrute otra...

SAT. ¡Otra! Tú eres para mí la reina de las prenderas del mundo terracueo.

TORC. Eso sí, don Elías, se le puede querer por lo mantecoso.

SAT. ¿Vamos en cá de Botin, á que nos aliñe medio cabrito?

ELIAS. Justo; y pelillos á la mar.

TORC. ¡Perdicion! vamos á donde guste tu gusto. (Á D. Elías.) Conque... hasta otro lance, y perdon por las molestias.

ELIAS. Abur.

SAT. (Á Torcuata.) ¡Olé! viva la funda de tus huesos...

TORC. Arrastrundi!

SAT. (Ofreciéndole el brazo.) Cuélgate de esta alcayata.

TORC. Es para mí sola?

SAT. Te digo, qne no se cuelga de ella ningun guiñapo.

TORC. (Cogiéndose.) Alza!... resalao. (Vánse.)

ESCENA VI.

ELÍAS.

¡Gracias á la divina Pastora! Y á todo esto (Mirando el reló.) son las cuatro de la tarde, y no he puesto la pluma en los estados que debo tener concluidos irremisiblemente cuando vuelva el jefe. Para que no me interrumpan otra vez, voy á encerrarme en su propio despacho, y hoy me ahorro una comida: el almuerzo me servirá de cena. (Toma los papeles y se va por la puerta derecha, que cierra.)

ESCENA VII.

ONOFRE, con la cara y las manos lavadas, y vestido con levita y sombrero de copa. Todo algo antiguo, pero no ridículo.

El escribiente dice que el juez es un gran fisonomista, y para que lea en la mia con limpieza y claridad, me he dado un jabon que dejó el agua como si hubieran limpiado en ella tres libras de calamares. La Simona no ha vuelto entodavía, y si yo declaro ántes, me despacho á mi gusto. No hay nadie. Mientras viene algun alguacil, voy á mirar por el balcon si llega esa farota. (Se asoma al balcon.)

ESCENA VIII.

DICHO, SIMONA, tambien lavada y con otro traje, y velo.

SIMONA. Por listo que vuelva ese ganapan, le gano las quínolas en ver al juez, y como dice el refran, el que da primero... y luego, como he dejado en el barreño la tizne del carbon, quizá le parezca mejor y le siente la mano á ese bribon. ¡Esto de vivir sola en el mundo!... Si tuviera marido, él hubiera recibido el guantazo, y no tendria yo que poner mi cara á la vergüenza.

ONOFRE. (Quitándose del balcon.) (No la diviso en lo largo de la calle. (Viendo á Simona.) ¡Ah!... una señora!)

SIMONA. (Id. á Onofre.) (¡Eh!... no había reparado... ¿Será el juez este señor?)

ONOFRE. (Saludando.) Para servir á usté.

SIMONA. Muy buenas tardes, caballero.

ONOFRE. (Es guapota y frescachona.)

SIMONA. (Su facha es de persona de posicion.) ¿Usté es?... (Afectando finura.)

ONOFRE. (Id.) Ya se lo puede usté presimir; un hombre honrado que viene á pedir justicia.

SIMONA. ¡Ah!... se me había fegurado... Vamos, viene usté á lo mesmo que yo.

ONOFRE. Y sigun veo, la cosa va despacio.

SIMONA. Ya nos avisarán, y entre tanto, lo mesmo nos dan por estar de pie que sentados. (Se sienta al lado de la chimenea.)

ONOFRE. (Id.) Tiene usté razon, ensillémonos; y arrellanados en un asiento, esperaremos con más comodidad. (Despues de algunos momentos de silencio, en que ambos se miran y arreglan el traje, Onofre limpia el sombrero con la manga del gaban, saca un pañuelo que extiende en el suelo; y pone encima el sombrero. Luégo coge y examina un tronco de leña.) ¡Qué mala leña consumen en esta casa!

SIMONA. (Examinándolo tambien.) No puede ser peor.

ONOFRE. De la que cuelan por de encina, siendo de álamo.

SIMONA. No señor, es de castaño: mire usté esta veta.

ONOFRE. En efecto, no había reparado. (Parece mentira, lo que se prefeciona hoy dia la educacion de las señoras!)

SIMONA. En la ceniza se conoce tambien.

ONOFRE. El castaño tiene la ventaja de conservar más la brasa.

SIMONA. (Parece inteligente. Debe ser ingeniero de montes.) (Momentos de silencio.)

ONOFRE. Perdonando la pregunta... ¿es usté casada?

SIMONA. No señor. Soy viuda por muerte de mi marido.

ONOFRE. (Si uno no fuese de tan baja esfera, hé aquí una preporcion.) ¿Y piensa usté casarse otra vez?

SIMONA. Si me saliera un hombre de bien...

ONOFRE. (¡Vaya unos ojos, parecen dos hornillos!)

SIMONA. Pero en el dia están los hombres mu resabiados.

ONOFRE. De todo hay.

SIMONA. (¡Cómo me mira este ingeniero!)

ONOFRE. Usté dirá que soy mu pregunton; pero por hablar de algo, para pasar el rato...

SIMONA. Sueltéla usté.

ONOFRE. (No hay duda, su lenguaje es el de una señora.) ¿Se puede saber el asunto que aquí la trae?

SIMONA. ¡Ay! no me lo recuerde usté, porque me chisporrotea la sangre en el cuerpo. (Levantándose.)

ONOFRE. (Id.) Ahora tengo mas comenzon por saberlo.
SIMONA. Me han ofendido.
ONOFRE. ¡Á usté!... si entrecojo á quien sea, le aplasto el esternon como apabullo esta chistera. (Ha cogido el sombrero de Elías, lo aplasta y lo echa en el cesto de los papeles.)
SIMONA. Doy á usté las gracias por su interés, pero...
ONOFRE. Es que á puñetazos no hay quien me tosa, y derrengo á un hombre lo mesmo que troncho un junco. (Parte en dos el paraguas que hay sobre la mesa, y lo echa tambien en el cesto.)
SIMONA. Me agrada usté por lo terne.
ONOFRE. Pero en fin, de qué manera la han ofendido á usté?
SIMONA. Una mano callosa y traicionera se ha permitido...
ONOFRE. ¿El qué?
SIMONA Descargar un tremendo revés en mi mejilla.
ONOFRE. ¡Ascuas y llamas!... ese revés es una sentencia de muerte.

MUSICA.

SIMONA. Diga usté, buen caballero,
si este rostro zalamero,
que reboza dulce miel,
se merece que un petate
lo desprecie y lo maltrate,
y su mano ponga en él.
Diga, por su vida,
si eso no es cruel.
ONOFRE. Digo, á fe de caballero,
que el que ofenda traicionero
ese rostro de clavel,
se merece, por petate,
que le aprieten el gaznate,
y eche el hígado por él.
Toda revolvida
tengo ya la hiel.

No hay en el ancho mundo
cara mas rebonita.

SIMONA. Tengo canela y clavo
dende chiquirritita.

ONOFRE. ¡Válgame Dios!
qué pareja tan cuca
semos los dos.
Al ver ese salero,
me despepito...
Cuerpo bonito,
venga usté acá.
Y troncheme sin pena,
con un abrazo,
el espinazo
por la mitá. (Abrazándola.)
¡Ay qué placer.
¡Ay! dulce union
de mi chupin
con su jubon!

SIMONA. No diga usté esas cosas,
que me derrito...
¡Ay! qué maldito...
¡quite usté allá!
Que no quiero troncharle
con un abrazo,
el espinazo
por la mitá!
¡Ay! ¡qué placer! (Id.)
¡ay! dulce union
¡de su chupin
con mi jubon!

ONOFRE. ¡Maltratada tan villanamente! Por favor, dígame usté quién es la persona?...

SIMONA. Un hombre.

ONOFRE. ¡Parece imposible que lo haiga capaz de levantarle la

mano á una señora! Pero, en fin, ¿quién es? para hacerlo astillas.

SIMONA. Un carbonero.

ONOFRE. ¡Uno del gremio! algun gallego... mejor; no puedo tragar á ninguno.

SIMONA. ¡Del gremio! yo tambien lo soy.

ONOFRE. ¿Usté?... ¡Oh, satisfaicion! ¿En dónde tiene usté el despacho?

SIMONA. No lejos de aquí. En la calle del Bonetillo.

ONOFRE. ¡Eh!...

SIMONA. Número nueve.

ONOFRE. ¿Y se llama usté?...

SIMONA. Simona Parrales.

ONOFRE. Simó!... (Se queda en la actitud en que se encuentre, inmóvil como una estátua.)

SIMONA. Aunque más se me conoce por la cantaora. Ya me habrá usté oido nombrar. (¡Pero qué le ha dado á este hombre? ¡Está pálido como la cera!...) ¡Eh!... (No contesta.) (Acercándole una silla.) ¿Se ha puesto usté malo?

ONOFRE. Fróteme usté esa mano.

SIMONA. (Lo hace.) ¿Así?

ONOFRE. Más fuerte. (Id.) Ahora, cásqueme usté en el carrillo una bofetada con toda su fuerza.

SIMONA. ¿Para qué?

ONOFRE. No vuelvo en mí de otra manera.

SIMONA. Si es por medecina... allá va. (Se la da.)

ONOFRE. ¡Ajá! Esto me da ánimo.

SIMONA. ¿Le casco otra?

ONOFRE. No, gracias. Esa es bastante para que usté se haiga vengado por su propia mano.

SIMONA. No comprendo...

ONOFRE. Sí... porque el canalla, el infame carbonero que la ofendió... soy yo.

SIMONA. Usté!... Ahora creo reconocer!... si... esa nariz de porreta!... Cielos!... (Cae desmayada en la silla.)

ONOFRE. Caracoles!... le da un soponcio! Simona?... Vecinita?.. (Echando en el vaso vino de la botella.) Eso no es nada...

Vaya! tome usté un sorbo de agua de tila.

SIMONA. ¡Ay!... (Bebiéndose todo el vino.) Me parece que está algo cargada.

ONOFRE. Mejor, así conforta más. (Se bebe él otro vaso, y echa este y la botella en el cesto.)

SIMONA. Quién hubiera creido, que un hombre tan decente y fino como usté, se atreviera á... (Hace la domostracion de pegar.)

ONOFRE. Horas del demonio, que trastornan á las criaturas. Pero... vamos á ver... No podía esto tener un arreglo entre los dos?

SIMONA. Despues del escándalo!... Qué se diría en el barrio!

ONOFRE. Bah!.. usté es libre... yo tambien...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ELIAS.

ELIAS. (Me falta papel, y tengo que ir á comprarlo. ¡Ira de Dios!... más gente!) Quénes son ustedes?

ONOFRE. Los carboneros denantes.

ELIAS. Los?... nadie lo diría! Pues bien, todavía no ha vuelto el jefe.

ONOFRE y SIMONA. (Á un tiempo.) Nosotros queríamos hablarle al momento de cierto negocio...

ELIAS. Empezamos de nuevo? Espérense ustedes, ó vuelvan mañana. (Busca el sombrero.)

ONOFRE. Le diré á usté... es que ahora se trata...

ELIAS. (Señor!... dónde he puesto mi sombrero!...) Síga usté; se trata?... (Idem.)

SIMONA. Se trata...

ONOFRE. De saber los documentos que deben presentarse aquí para un casamiento.

SIMONA. Eso; con novia de segunda instancia.

ELIAS. Casamiento... ¿entre quién?

ONOFRE. Entre miquis...

SIMONA. Y entre méquis.

ELIAS. Magnífico!... Terminan ustedes su pleito de esa manera?... Así salen ustedes condenados ambos y ninguno podrá quejarse de la sentencia.

ONOFRE. Tendremos que echar un memorial, eh?

ELIAS. Si me acompañan ustedes, pueden comprar el papel del timbre que necesitan.

ONOFRE. Andando.

ELIAS. (Buscando el sombrero.) (Parece brujería!) Han visto por aquí un sombrero?

SIMONA. Como no sea el que mi vecino echó en ese cesto...

ELIAS. (Examinándolo.) ¡Esto es una prendería!... ¡Infierno!... (Sacándolo.) ¿Qué ha hecho usted con mi sombrero?

ONOFRE. No pase usté pena. Yo tengo algunas peluconas en el fondo del cofre, y como arregle usté pronto los papeles de la boda, le compro una chistera de escribano de cámara.

ELIAS. Pues mañana mismo se ultima el expediente.

MÚSICA.

ONOFRE. (Al público.) Si tú nos apadrinas,
participamos,
que nos casamos
sin más tardar.
Y suprimir debemos
tan faustos partes,
si tú nos partes
por la mitad.

TODOS. ¡Ay! ¡qué placer!
¡ay! qué emocion!
si opinas bien
de aquesta union.

FIN DE LA ZARZUELA.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		ZARZUELAS.			
		¡De los toros!.	1	Sres. Nombela y Castillo.	M.
		El amor de un boticario.....	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
2	2	El estudiantillo.....	1	Sres. Cuartero y Herndz.	L. y M.
		La sombra de Carracuca.....	1	Llombart y Garrido..	L.
3	1	Lo que puede decirse, *parodia*.	1	D. Cárlos Mangiagalli...	M.
		Ladrones!.....	1	Sres. Cuartero, Amatriain y Ruiz.....	L. y M.
2	3	Maestro de amor.....	1	Navarro y Alcalá Galiano.....	L. y M.
2	2	Por cambiar de domicilio.....	1	Olier y Taboada....	L. y M.
3	1	Quítese usted la ropa.....	1	Mota y Mart. Rucker.	L. y M.
		Quiera usted á mi mujer.....	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
		Skating Ring.....	1	Mariano Barranco...	L.
»	»	Un crímen misterioso.....	1	Sres. Lastra y Valverde y Chueca.....	L. y M.
		Un maestro de obra prima...	1	Ruesga, Valverde, y Chueca..	L. y M.
12	9 c.	¡Á los toros!.....	2	Vega, Valverde y Chueca.....	L. M.
		¡Bonito país!	2	Valverde, Breton y Chueca.....	M.
		El empresario de Valdemorillo.	2	R. Carrion y P. Dominguez.....	L. y M.
»	»	El laurel de oro.....	2	Rubio y Taboada....	M.
		El pájaro verde.....	2	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
		Huyendo de ellas.....	2	Sres. Povedano, Navarro, Breton y Valle....	L. y M.
		Los Madriles.....	2	Ramos y P. Doming.	L. y M.
		Amapola.....	3	Lecoq.....	M.
		La panadera.....	3	Offenbach.....	M.
		Los sobrinos del capitan Grant.	4	D. M. Ramos Carrion..	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas: de *D. Alfonso Durán*, y *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo: de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.